

La Historia social de la literatura española. Recepción y polémica

The Social History of Spanish Literature. Reception and Controversy

José Luis Bellón Aguilera
*Universidad Masaryk (Brno, República Checa)**

RESUMEN

El presente artículo forma parte de un estudio más amplio del manual *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)* (1978), una obra importante para comprender las transformaciones del campo del hispanismo y las relaciones entre el campo político y el campo universitario en la Transición española. El artículo se centra, primero, en la recepción de la obra a nivel mediático, en concreto en la polémica sucedida a partir de los ataques recibidos desde *El País*; en segundo lugar, se expone la recepción de los pares, concretamente Mainer, Sobejano y González Boixo. Antes de la exposición se resumen unas consideraciones sobre los autores, el manual y las causas de su éxito editorial.

PALABRAS CLAVE: Transición democrática, Universidad, hispanismo, marxismo, historia social de la literatura española, Collins, Bourdieu, sociología.

* Una versión muy diferente de este artículo fue presentada como conferencia en el seminario *Campo político – campo filosófico* (Fundación Ortega-Marañón, Madrid, 29-30/11/2012) bajo el título «La historia social de Carlos Blanco Aguinaga». El texto actual desarrolla algunos de los aspectos planteados en aquella, pero es otro trabajo dentro de una investigación en curso; está realizado en el marco del proyecto de I+D FFI2010-15196 “Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)”. Agradecimientos a Julio Rodríguez Puértolas y a Jacobo Muñoz por sus valiosos apuntes sobre el tema.

ABSTRACT

This article is part of a broader study of the reference manual entitled *Social History of Spanish Literature (Written in Castilian Language)* (1978), a work important to take into account in order to understand the transformations of the field of hispanism and the relationships between the political and the academic fields during the Spanish Transition to democracy. The current article focuses, first of all, in the reception of the work in the media, in particular the controversy that took place when the work was attacked in *El País*. Furthermore, the article describes the reception of peers, specifically Mainer, Sobejano and González Boixo. Before the exposition, the text will summarize some considerations about the authors, the work and the causes of its success.

KEY WORDS: Transition to Democracy, University, Hispanism, Marxism, Social History of Spanish Literature, Bourdieu, Collins, Bourdieu, Sociology.

INTRODUCCIÓN

En 1978 apareció la *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*¹ de Carlos Blanco Aguinaga, Iris Milagros Zavala y Julio Rodríguez Puértolas. El presente artículo forma parte de una investigación más amplia sobre la citada obra, considerándola un eje a partir del cual estudiar las transformaciones de un espacio (o subcampo) del campo académico español, el del hispanismo literario, en la Transición española. Investigamos las posiciones y tomas de posición de sus autores, explorando por tanto cómo suceden las relaciones entre el campo universitario y el campo político en el contexto histórico citado. Una parte del estudio se centra, por un lado, en los ataques recibidos desde *El País* y la respuesta de sus autores y, por otro, en la recepción de los pares universitarios que publicaron reseñas sobre la misma. El artículo que presentamos versará sobre esa doble recepción, mediática y especializada, pero antes de entrar en ello, sin embargo, resulta imprescindible aportar algunos datos mínimos sobre los autores y sobre la misma HSLE, primero, así como plantear algunos factores que explican el éxito de la obra, después, para que se comprenda la importancia que tuvo el debate en la reorganización de la transición

¹ A la que nos referiremos a partir de ahora como HSLE y de la que citaremos la segunda edición (1981).

universitaria intelectual en el hispanismo universitario español, dejando para otro trabajo la discusión pormenorizada de aquellos aspectos.

Los tres autores, Carlos Blanco Aguinaga (1926-2013), Iris Milagros Zavala (nacida en 1936) y Julio Rodríguez Puértolas (nacido en 1936) procedían de universidades norteamericanas y se posicionaban políticamente en el campo universitario español, en el cual empezaría pronto a trabajar J. R. Puértolas (coordinador de la HSLE y de quien partió la idea), en la Universidad Autónoma de Madrid. La motivación y energía emocional de los autores en el momento debía de ser importante: se encontraban en un momento de creatividad considerable, reconocidos ya a nivel académico no sólo en Estados Unidos y con importantes publicaciones en su haber, de las que damos unas muestras: C. B. Aguinaga había publicado su famoso y polémico *Juventud del 98* (1970) y *De mitólogos y novelistas* (1975); J. R. Puértolas *Galdós. Burguesía y revolución* (1975), *Literatura, historia, alienación* (1976); I. M. Zavala - una autora ya muy fecunda con varios libros publicados en la fecha, también de literatura artística - *Masones, comuneros y carbonarios* (1970), *Ideología y política en la novela española del siglo XIX* (1971), *Fin de siglo: Modernismo, 98 y bohemia* (Cuadernos para el Diálogo, 1974)². Los tres autores compartían elementos biográficos comunes: cercanía generacional, intercambios, encuentros, afinidades teóricas y académicas, estima intelectual, maestros³. La filiación marxista de los autores y el hecho de venir de fuera explica el carácter conflictivo en la búsqueda de un espacio de atención, además de la abierta combatividad ideológica que puede enraizarse también en la influencia del *tercermundismo* norteamericano (a propósito, las memorias de Carlos Blanco Aguinaga sobre la atmósfera política en la universidad californiana de La Jolla; J. R. Puértolas procedía de la Univ. California, Los Ángeles). Obviamente, la Transición había abierto canales por los que las ideas de la izquierda radical podían expresarse y circular sin miedo a represalias (profesionalmente los autores no tenían miedo a las mismas). Como se dijo más arriba la energía emocional (término de Randall Collins) debía de ser

² C. B. Aguinaga e I. M. Zavala escribieron además literatura artística (novelas y relatos él; Zavala además poesía, ensayo, novelas). Se trataba de vocaciones juveniles (interrumpida en el caso de Aguinaga). Cómo derivaron sus carreras no es materia de este trabajo (ej. el énfasis de Zavala en Bajtín, teoría y crítica feminista, etc.).

³ Salvo Zavala, cuyo tutor fue Fernando Lázaro Carreter (1923-2004), un filólogo más tradicional, los maestros de Aguinaga y Puértolas pertenecían a la corriente de la Estilística española: Amado Alonso (1896-1952), uno de los fundadores de la estilística (discípulo de Menéndez Pidal) y Raimundo Lida (1908-1979) en el caso de Aguinaga, y Dámaso Alonso (1898-1990) en el de Puértolas.

fuerte teniendo en cuenta la intensidad de las interacciones con el campo político, generando una fuerza moral y un «flow of enthusiasm that allows individuals in the throes of ritual participation to carry out heroic acts of fervor or self-sacrifice» (Collins 2002: 23). Para los actores no se trataba de una actuación meramente iconoclasta, de provocación y posicionamiento frente a los pares, sino que se pensaban parte de una transformación de la sociedad cuya meta era el socialismo y en cuyo proceso la hegemonía cultural era clave (ver Andrade 2012, cap. III «Los intelectuales y el cambio ideológico»). El objetivo no era sólo elaborar una síntesis heterodoxa de la historia de la literatura española como llamada de atención a los pares y para combatir la dominación ideológica, aunque no puede negarse que aquello formaba también parte de la empresa: como recordaba Bourdieu en *Homo academicus* (2008: 137), un manual posee efectos de consagración: «Estas “vastas síntesis”, a menudo colectivas, más allá de que permiten reunir y gratificar a amplias clientelas, tienen, por obra de la selección que operan, un efecto de consagración (o de palmarés) que se ejerce primero que nada sobre el cuerpo docente».

Para terminar este breve apartado sobre los autores, conviene recordar que los efectos de la HSLE fueron importantes. Como señala Bourdieu (cit. en G. Mauger 2013: 22): «On reconnaît la présence ou l’existence d’un agent dans un champ au fait qu’il transforme l’état du champ». El éxito de público y el hecho de que el libro se haya convertido en referencia son prueba de sus efectos, además de que formar un elemento clave en la configuración del polo marxista del campo del hispanismo literario en España.

UN MANUAL MARXISTA DE HISTORIA DEL CANON LITERARIO HISPÁNICO

La HSLE se presentaba como una historia *marxista* de la literatura española canónica desde sus orígenes hasta la fecha de publicación. El término «literatura» era aceptado, además del canon y panteón de autores. Los tomos I y II (de la segunda edición) cubren la historia de la literatura escrita en lengua castellana desde la Edad Media hasta el siglo XX, para el cual se reservaba el tomo III. Se trataba de algo inédito, pues no había manuales de sus características, extensión y ambiciones, aunque sí hubiera bibliografía marxista sobre literatura española. No era, exactamente, algo único: llenaba un vacío solo ocupado por una combativa *Literatura española contemporánea (1898-1950)* (La Habana, 1952) del exiliado Juan Chabás (1900-1954) y que los autores de la HSLE no tuvieron demasiado en cuenta: para ellos (vol. I, pág. 42), consistía en una historia literaria

marxista pero «no muy satisfactoria», sin más explicaciones (ver a este respecto Lissorgues 2009).

En la «Explicación previa» de la HSLE se declaraba lo siguiente:

Sólo la conciencia lúcida de la función de la ideología puede salvar al productor y al lector de la presunción de inmutabilidad y validez universal de su obra y de sus juicios. Sólo desde el pensamiento marxista, un pensamiento que se piensa a sí mismo críticamente, puede empezarse a desmitificar las pretensiones ideológicas de la producción superestructural, cuyas dos peculiaridades principales son: creer en y proponer su independencia absoluta y creer, por lo tanto, que no es determinada por la Historia (sino, si acaso y paradójicamente, que ella determina la Historia). (1981: 33)

Desmontar las mistificaciones y representaciones ideológicas del canon literario hispánico desde un marco teórico y conceptual de raigambre proclamadamente marxista: como puede colegirse en una primera lectura, el lenguaje parece el de un marxismo clásico u ortodoxo (no implicamos al escribir esta palabra ninguna connotación negativa). El objetivo final era la ideología oculta tras la forma, el desvelamiento de la conciencia falseada, alienada, desmitificar para concienciar: los autores se habían propuesto «salvar al productor y al lector»: «Como proponía Marx, nuestra primera meta habrá de ser la reforma de la conciencia. Esto ha de hacerse, sin duda, no por vía dogmática, sino a través del estudio de la conciencia mixtificada, es decir, *ideologizada*» (1981: 35) [cursiva en el original]. El manual, además de desmitificar las obras que enmascaraban o falseaban la realidad, estudiaba aquellas que se oponían a ese enmascaramiento o que planteaban contradicciones, explorando la naturaleza dialéctica del hecho literario, el uso de la literatura como arma con o en contra de la clase dominante.

El tono y lenguaje de la obra era (es), combativo y - fuerza es decirlo - algo tajante y radical en muchas de sus afirmaciones: no se abría la puerta a la conciliación política, si bien se conciliaban las piezas y tablero de juego: canon literario, literatura, autor, formas, contenidos, imaginación, creación. Algunos análisis y argumentos eran, a pesar de la sofisticación propuesta en la «Explicación previa», algo reductivos, mecanicistas: las obras literarias eran entendidas como expresión de los intereses materiales de clase, haciendo de lo económico y de la lucha de clases la determinación “en última instancia” de toda creación artística, sin considerar - quizás por falta de espacio o premura en la construcción - otros aspectos, como los formales, que la introducción teórica prometía. En la página 27 se afirmaba que «*En última instancia* [...] la producción

de un texto [...] está determinada por las relaciones sociales de producción dominantes en un período específico, bien sea en acomodo ideológico o en contradicción con la tendencia dominante» [cursiva en el original], contrastando con lo dicho en la pág. 31 donde, tras matizar citando a Voloshinov la teoría del reflejo (la obra literaria «*refleja y refracta*») [cursiva en el original] se dice: «Paupérrimo dogmatismo sería creer, por lo tanto, que la idea de reflejo artístico de la realidad excluye *lo que normalmente llamamos creación, fantasía o imaginación*» [cursiva nuestra] y se cita a Brecht. Más abajo, cuando describamos la polémica, tendremos ocasión de comentar algunos pasajes más de la HSLE. El presente artículo, por otro lado, no pretende discutir en detalle, al modo de un comentario escolástico del texto, la supuesta “validez” o “invalidez” de los argumentos marxológicos del manual ya que ello necesitaría otro amplio trabajo (actualmente en curso)⁴.

Con todo, lo más probable es que la recepción y polémica hubieran existido igual aunque el andamiaje teórico (marxista) fuera perfecto y los análisis (marxistas) irreprochables. No sucedió lo mismo con otras lecturas (marxistas) del canon literario: en 1974, el profesor de la Universidad de Granada Juan Carlos Rodríguez había publicado *Teoría e historia de la producción ideológica*, citado por los autores de la HSLE únicamente en la bibliografía (1981: 48), un trabajo que versaba sobre la literatura del siglo de oro español desde planteamientos teóricos basados en Althusser pero más perfilado en sus análisis: el libro fue prácticamente ignorado. En 1979, cinco años después de su publicación, apenas se refería a él como “adivinaciones” el profesor José-Carlos Mainer - de quien tendremos ocasión de hablar puesto que comentaremos su reseña de la HSLE - quien escribía lo siguiente:

No hay la menor lectura seria de la poesía española en el tiempo que los manualistas llaman Renacimiento y Barroco (en flagrante olvido, por cierto, de las adivinaciones sobre la misma que un libro español y marxista, la Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras

⁴ No bastan las etiquetas de «lukacsiano», «ortodoxo» o «hegeliano» o decir que se basa en la «teoría del reflejo». Las etiquetas pueden servir para ubicar a un agente o red y para expresar la posición del autor que etiqueta, pero no son un argumento para dar o quitar validez. Más que localizar los diversos elementos entremezclados (recuérdese que es además una obra colectiva), interesa también estudiar la obra como punto de tensión entre diversas fuerzas del campo cultural y entre este y el campo político en un momento determinado.

literaturas burguesas *de Juan Carlos Rodríguez, ha presentado*) (Mainer 1979: 3).

ÉXITO EDITORIAL

El primer manual marxista de literatura española; un libro total que releía el canon literario hispánico desde unas coordenadas radicalmente distintas a como se había venido haciendo hasta el momento: el éxito de público fue fulminante. La obra, por lo demás, se ha seguido leyendo y vendiendo, como atestigua el hecho de que haya sido reeditado en numerosas ocasiones (p. ej. Castalia 1986, 1990, en la editorial Akal 2000). En la segunda parte de sus memorias, señalaba el profesor Carlos Blanco Aguinaga:

La primera edición del libro había sido un éxito de ventas (recuerdo “presentaciones” en Madrid, en Alicante, en Valencia, en Barcelona, siempre ante públicos de izquierda, muchos de ellos profesores y profesoras de instituto y penenes universitarios) y trabajábamos ya en las revisiones y añadidos para la segunda edición, que salió enseguida. (Blanco Aguinaga 2011: posic. 4483 de 5232)

Esta recepción positiva puede explicarse por diversos factores: primero, el hecho de ser un manual concebido para un público no académico (aunque también pensado como síntesis frente a los pares), un libro escolar de historia de la literatura española accesible a la gran mayoría que fuera a las cosas mismas y no se enzarzara en cuestiones teóricas o epistemológicas complicadas y abstrusas. Segundo, dado el contexto político de la recién iniciada Transición, de fuertes polarizaciones ideológicas, incertidumbre política y en un momento especialmente delicado (1977-78), la importancia del PCE en uno de los centros receptores principales, la universidad, y el prestigio y atractivo del marxismo (ver Andrade *op. cit.*, cap. III) sobre todo en las fechas alrededor de la aparición del manual. (No es necesario recordar que el bloque soviético y la Guerra Fría eran el pan nuestro de cada día de la vida política y mediática, junto al terrorismo de ETA.) En tercer lugar y considerando las circunstancias políticas ya señaladas, las transformaciones de las universidades (extensión y amplificación, a veces masificación, de la educación universitaria) explican asimismo la amplia recepción de la obra tanto por parte de agentes políticamente afines pero no especializados en estudios literarios, como, y fundamentalmente, en el polo dominado del campo universitario (hispanista o no), un «proletariado académico» o profesorado en condiciones precarias y de futuro incierto. Sobre los PNN o profesores no numerarios, señala Francisco Vázquez García que se

trataba de individuos: «Muy jóvenes, más próximos por edad a los estudiantes que a sus compañeros numerarios, con pesadas cargas docentes, urgidos para investigar y redactar la tesis doctoral, este sector del profesorado, que llegó a constituir el 80% de los docentes a finales de la década de los 70, componía un proletariado intelectual de virtualidades explosivas» (2009: 43). Esta cuestión recuerda los análisis de Pierre Bourdieu en *Homo Academicus* sobre la homología de posiciones o «solidaridades fundadas en las homologías estructurales entre los ocupantes de posiciones dominadas en campos diferentes» (2008: 229). Aunque la tesis es discutible (y no es este el lugar para hacerlo), es un factor más para explicar la amplia recepción de la HSLE en el campo universitario y entre los profesores de instituto.

La HSLE provocó, como era de esperar, una fuerte polémica. Cabría preguntarse si la polémica no habría tenido un efecto contrario al esperado de atracción a la obra por parte de otras *heterodoxias* en el campo. Como se dijo al inicio, nos centraremos en la polémica, analizando los ataques de la crítica periodística y la lectura de la crítica especializada.

UN ATAQUE FRONTAL

En la nota a la segunda edición los autores se hacían eco de la polémica recepción de la obra, de la «crítica desfavorable y antagónica», «notoriamente escandalosa» (1981: 9): «Por ejemplo, en la primavera de 1979, seis artículos en seis domingos de *El País*, periódico liberal madrileño, en los que se nos calificaba de inquisidores, estalinistas, marxistas vulgares, ignorantes y algunas cosas más» (íd. 9), sin olvidar las pequeñas «puyas» (en el mismo periódico) «contra nuestro “sociologismo vulgar”» (íd. 9). Quizás lo de «6 artículos 6» y «puyas» era una broma, no lo podemos saber, pero las siguientes alusiones al «movimiento de caderas» de John Wayne mostraban el aire desenfadado y seguro de los autores (era una referencia, como se verá, al artículo de Conte). En la misma nota se defendían de las críticas reafirmando sus presupuestos, aceptando los reproches de forma ambigua y si las críticas procedían de medios afines: «Sí. Y no. Y según dónde y cuándo y cómo y por qué. Para tales precisiones las críticas malintencionadas han sido de poca utilidad» (1981: 10), señalando (íd. 10) que otras críticas bienintencionadas fueron incorporadas a la segunda edición de la obra.

En un contexto político como el de la Transición, en el que la izquierda (sobre todo el PSOE y el PCE) jugaba un papel tan importante, la obra se convirtió en centro de atención y el diario *El País*, fundado en 1976 y dirigido a la sazón por

Juan Luis Cebrián y con Javier Pradera como miembro del equipo editorial y responsable de la sección de Opinión, la atacó frontalmente. El periódico le dedicó artículos en la sección cultural de su suplemento dominical el 22 de abril de 1979, dos de los cuales estaban a cargo del crítico literario, periodista y escritor Rafael Conte (1935-2009) y el escritor y periodista Federico Jiménez Losantos (nacido en 1951)⁵, entonces en período de reconversión político-ideológica desde la izquierda radical y que terminaría con un giro completo a la derecha. Que el ataque viniera del mencionado diario era decisivo, por cuanto que este era considerado el periódico de la democracia, aristotélicamente situado en el justo medio frente a los extremos políticos del momento, la extrema derecha y la extrema izquierda, aunque visiblemente escorado hacia el PSOE. Los artículos, sensacionalistas y con ganas de efectismo teatral, llamaban la atención más como retahíla burlesca de insultos que reseñas críticas de libros de crítica, lo que ya era patente en los títulos: «Una historia estalinista de la literatura española» (R. Conte) y «Novísima Inquisición de la literatura española» (F. Jiménez Losantos)⁶.

Rafael Conte, tras comenzar con un despectivo «estos tres profesores en Estados Unidos» construyó su reseña periodística en torno a la insultante calificación de «estalinista», usando además una calificación estigmatizante propia del campo literario, la de ser un «*best-seller*», y producto *pop*: «lo *retro* se alía con lo *kitsch*», y refiriéndose a una combinación de «nostalgia y política», es decir, como si la HSLE fuera un coletazo de las estrategias de lucha antifranquista vendida como mercancía: «vuelve la moda», «la combatividad, el contoneo» (el contoneo de películas de los cincuenta, tal vez de pistoleros, a lo que quizás se refería la nota de la HSLE cuando aludía a John Wayne). La andanada del inicio descendía poco después a una mezcla de porrazos políticos y denigración científica: «Hay que reconocer dos méritos a este absurdo manual: la sinceridad y la diferencia», si bien a la hora de reprender la falta de rigor científico demostraba su autor un conocimiento no demasiado exhaustivo de marxología: «La introducción consiste en una exposición bastante sumaria del marxismo, y de sus concepciones estéticas, como se sabe bastante poco desarrolladas todavía a estas alturas»; los autores («la trimurti») «se mueven con los criterios del realismo socialista más mecanicista con *la soltura del pez en el agua*, y sin pararse en barras» [cursiva nuestra, nótese la posible alusión a Mao], «su aplicación de la

⁵ Ver M. Martín Gijón: *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos* (2011), un libro inestable en sus planteamientos teóricos pero interesante en cuanto que reconstrucción de biografías intelectuales.

⁶ Reseñas con formato de página de periódico (ver bibliografía).

metodología marxista resulta una simplificación de esa misma metodología, a la que desacredita», aunque los ejemplos dados brillan por su ausencia y las autoridades citadas (de Marx a Lukács pasando por Trotski, Stalin y Zhdanov) no fueran las más eruditas o profundas (salvo el caso de Lukács, quien, como se sabe, sí dedicó varias obras a la estética y literatura). El artículo finalizaba sarcásticamente pidiendo al lector que evitara a sus hijos esta HSLE y lanzaba una broma de estilo postmoderna (*collage* lúdico de imágenes o citas históricas burladas y parodia de los metarrelatos) en la que se mezclaban el *Cantar de mio Cid* y la puya política: «Stalin sigue ganando batallas después de muerto».

El tono del artículo de Rafael Conte invalidaba su postura y cabe preguntarse quién pudo azuzarlo, algo sobre lo que sólo cabe especular. La clave no era su contenido, por lo demás bastante superficial, sino la virulencia de su forma. Contiene, sin embargo, información para situarlo en torno al debate sobre la legitimidad de las concepciones de la literatura dominantes en el campo del hispanismo y el campo literario español en el momento; en el siguiente pasaje, iniciando el final, se acusa de panfletaria a la HSLE y se afirman los valores dominantes del campo:

La proclamación de la Historia, con mayúsculas, como el valor máximo, como la diosa a la que a la que hay que servir – y todo lo que se llame formalismo, fantasía, imaginación o mito, es pecado de lesa realismo y de antihistoricismo – es algo que se comprende muy bien, si a continuación se manipula la historia, se la simplifica hasta extremos verdaderamente panfletarios.

Un poco más adelante la proclamación se repite, con alguna falsedad: «En su bibliografía manejan, sobre todo, libros histórico-políticos, pero rara vez de crítica o estética literaria», lo cual era (es) falso - la bibliografía impresiona - y además injusto (¿había leído Conte la obra?). A continuación se espetaba: «Lo peor de este *best-seller* simplificador es su presunción y su declarado carácter de ataque contra la literatura misma». Es decir, que la literatura es forma, fantasía, imaginación, etc.

Antes de continuar, vamos a apuntar una cuestión clave que usaremos para comprender el trabajo del F. J. Losantos y luego las reseñas especializadas. Probablemente el varapalo encubriera un ataque al marxismo y al PCE, ya que la mayor parte de los reproches se centraban en la ideología política, sin valorar positivamente ningún aspecto de la HSLE. Pero el ataque se hace retraduciendo estos conflictos políticos (exteriores al campo) desde la lógica del campo cultural - aquí atravesada por la necesidad periodística de sensacionalismo con un barniz

ligeramente literario y académico para conferirse prestigio y legitimidad -, lógica universalista en la cual la concepción dominante (la *doxa* dominante) es el mitema básico de que la literatura es un producto de la parte creativa, imaginativa, de la naturaleza humana, desde Homero hasta García Márquez (pasando por el Cid); la historización es necesaria y legítima siempre que se respete esa universalidad y esencialidad, las formas artísticas, etcétera y lo histórico («histórico» dirá Losantos) no se abuse con el herético fin de reducir la belleza y libertad imaginativa a determinantes políticos, económicos e ideológicos, a determinantes materiales. Fuera de esta mitología universalista, la producción de la ideología dominante en la literatura española y los debates literarios en España han sido estudiados por Juan Carlos Rodríguez, por ejemplo en *La norma literaria* (1994) o *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (2002), desde una perspectiva que podría etiquetarse como althusseriana pero con implicaciones más amplias: la literatura es un lugar de producción de los mitemas dominantes cuya puesta en cuestión lleva al conflicto. Es innegable que el polo dominante del campo cultural funciona con respecto al arte y la literatura como con objetos religiosos, como también señala Bourdieu en *Las reglas del arte* (1995) (cuya referencia a la religión, por cierto, se encuentra ya en el subtítulo «Génesis y estructura del campo literario», una especie de autocita de un trabajo de 1971 titulado *Génesis y estructura del campo religioso*)⁷. Las dos recepciones que comentamos (mediática y especializada) defienden estos valores dominantes del campo que podrían esquematizarse del siguiente modo: literatura igual a imaginación igual a libertad y no reducible a determinantes sociohistóricos. Por si fuera poco, el final de la década de los 70 coincide con el comienzo de los debates sobre la tan traída y llevada cuestión de lo postmoderno, los inicios del dominio de los neonietzscheanos y del polo artista del campo filosófico (ver Vázquez 2009, cap. III y IV).

Rafael Conte, vocal del campo cultural dominante desde un periódico dominante, fue un crítico inteligente, un lector voraz y sensible; su gran capital social le permitió trabajar en los mejores periódicos españoles. Veinte años después, en su libro de memorias *El pasado imperfecto* (1998), suavizaría o desdiría sus ataques planteando que la HSLE fue un libro necesario en los años en que apareció. Hay que reconocer que, en el momento estudiado, cayó en una crítica descalificadora que rozaba el matonismo verbal. En las citas finales coincide básicamente con la crítica de F. J. Losantos, más sagaz aunque no menos

⁷ La discusión sobre el arte como religión recuerda a la concepción de Marx de la ideología. El tema desborda este artículo y sólo queríamos mencionarlo para apuntalar cuáles son los mitemas del campo.

brutal e insultante. Lo que planteamos - insistimos - es que las reseñas periodísticas y las especializadas defienden mitemas parecidos. Las dos recepciones estudiadas dicen estructuralmente lo mismo con lenguajes diferentes, con matices que señalaremos. Continuamos, por tanto.

La parte inferior de la página del artículo de Conte, bajo su cignano colofón, señalaba que en las siguientes páginas VI y VII se encontraban los «análisis» de Federico Jiménez Losantos. Lo apuntamos porque sorprende el sustantivo “análisis” para este tipo de artículos. El trabajo de F. J. Losantos contenía las mismas lindezas que el de Conte, si bien se molestaba en citar algunos pasajes gloriosos de la HSLE que, fuerza es decirlo, no destacan por su brillantez. En este sentido, dentro de la generalización interesada que hacen Conte y Losantos, coinciden con la crítica especializada en que la HSLE suele caer en la simplificación y en las reducciones brutales (algo que, en parte, sus autores reconocerían). Esta crítica de los desaciertos científicos de la HSLE servía - tal y como señalamos más arriba - para defender la legitimidad de los valores del campo frente a la lectura marxista, la lectura herética. Pero el uso de Losantos de estos desaciertos científicos fue, como se dice coloquialmente, bajuno: el título de la larga reseña hacía referencia, aunque transformándola en algo más castizo («Inquisición»), a los tribunales estalinistas, por un lado, y a la ideología como Gran Relato mesiánico, crítica clave en la vulgata posmoderna (como se sabe, Losantos fue uno de los importadores del Lyotard postmoderno en el campo cultural español).

En el inicio de su “análisis” periodístico, Losantos mencionaba, a través de una anécdota contada «hace poco» por Vargas Llosa (sin decir de dónde la extractaba) la paradoja de que las universidades norteamericanas preferían, para que explicaran su realidad hispanoamericana, invitar a intelectuales marxistas y no a otros de filiaciones diferentes, p. ej. liberales: para las universidades en USA era una cuestión de prestigio. La anécdota puede ser reveladora de muchas cosas (por ejemplo de la autonomía y de la libertad de pensamiento o de los efectos de los movimientos civiles, con el *tercermundismo* aún caliente), pero lo mencionamos porque hay una alusión un poco sutil a la procedencia *de fuera* [cursiva nuestra] de los agentes implicados, como hizo en su momento Conte («estos tres profesores en Estados Unidos»). Pero tras este relativamente comedido inicio, el texto comenzaba pronto a soltar ácido: «ese marxismo que uno duda ya en llamar de pacotilla, porque en rigor no conoce otro, cuya sotana conceptual [...]», etc. Continuaba con una afirmación algo torpe: la HSLE era «una formidable representación de lo que, hoy por hoy, cabe esperar de nuestros intelectuales de izquierda a la hora de analizar fenómenos históricos y culturales», lo cual

seguramente hizo sonrojarse a más de uno (“izquierda” aquí era igual a “marxistas”, o quizás Losantos ya giraba a la derecha). Y no se detenía. Hablaba de «grosería intelectual», «torquemadas», «materialismo histérico», se nombraba como «padre ideológico» al «despotismo ilustrado» y se llegaba en picado al siguiente colofón: «Existe la tosquedad, existe la barbarie ideológica». No parece necesario insistir en lo comentado más arriba sobre el posmodernismo como la ideología de la muerte de las ideologías.

Sin embargo, los pasajes señalados por Losantos como muestra del fracaso de la HSLE (si bien concede que escribir un manual es una tarea «con toda seguridad condenada al fracaso») revelan - como hemos comentado - desaciertos científicos sobre los cuales en algunos casos cabe discutir pero que fueron formulados de manera desafortunada, y bastarán unos ejemplos citados en el artículo: la fragmentación del Romancero como reflejo de la destrucción de la Edad Media («héroes fragmentados, producto de un universo y de una sociedad también atomizados» señala la HSLE, citada por Losantos), la poesía garcilasista definida como «tan erótica como neurótica» o la muy subjetiva y muy desafortunada valoración negativa del lenguaje de Góngora como una «aventura estética» de la que «ha de tenerse en cuenta la posibilidad» de que «haya sido un gran fracaso». La condena de los santos del canon literario hispánico, desde esta postura algo iconoclasta y con estas aseveraciones algo gratuitas y de aroma subjetivo (pero que no eran únicamente de ellos, como argüirían los autores de la HSLE después), se entendieron seguramente como una provocación insensata. La parte del manual dedicada al siglo XX (tomo III de la segunda edición), seguramente, sí debió doler: en ella se hacía un censo de los posicionamientos políticos de los autores durante la guerra civil y el franquismo, más que una historia de la literatura, si bien es cierto que las tomas de posición políticas en periodos traumáticos son parte de la historia del campo (o de “la” literatura)⁸. Lo curioso es que ni Conte ni Losantos mencionan esta parte.

A los ataques de Conte y Losantos respondieron los autores de la HSLE el 6 de mayo de 1979 en un artículo titulado «Turno de réplica» y que *El País* tuvo a bien publicar. Firmado por C. B. Aguinaga y J. R. Puértolas, se incluía a I. M. Zavala en los planteamientos. En él se defendían de las acusaciones reconociendo las limitaciones de la obra: no podían acertar en todo ni tener respuesta para todo (lo cual no es exigible a nadie) y dejaban claro que sus estudios se basaban en los de reconocidos hispanistas, no solo marxistas. Aguinaga y Puértolas reconocían

⁸ Julio Rodríguez Puértolas escribiría después una famosa y muy citada *Historia de la literatura fascista española* (1985).

algo su *hybris* pero no se desdecían políticamente: denunciaban los insultos, mostraban las incoherencias y excesos de Conte (sobre la bibliografía, p. ej.) y Losantos («La pena es que no sabe leer») y tildaban de intento fallido de «nuevos filósofos» a los reseñadores. Señalaban además que el objetivo no eran ellos, que se trataba de antimarxismo (Conte «fogueado antimarxista») y de caza de brujas («maccartismo»), señalando las filiaciones políticas con el Régimen de Conte (su colaboración en la revista *Informaciones*) y el torpe pasaje de Losantos en que afirmaba que el manual era lo que cabía esperar de los intelectuales de izquierda. La defensa de los académicos marxistas era comedida y justa y finalizaban su intervención con un gesto de seguridad en sí mismos e indiferencia irónica en el que, a través de una cita de Ortega y Gasset, lanzaban de paso un puyazo a Cebrián y Pradera:

Por lo demás, allá ellos con sus «demonios»: y nuestro agradecimiento por la publicación de estas páginas a EL PAÍS, a cuyos editores nos permitimos recordar las palabras de Ortega con que terminaba la primera página de su primer número (4 de mayo de 1976): Señores, «no es esto, no es esto».

La cita era ambigua en cuanto al filósofo español, pero sintomática: un pensador republicano borrado por el franquismo⁹. ¿No brillaba aquí un matiz del inconsciente político de los autores?

R. Conte respondió poco después en *El País* («Dúplica y puerta abierta») repitiendo argumentos y tono y clarificando a propósito de su colaboración en *Informaciones* que esta publicación había sido «el órgano cultural más progresivo y abierto de aquellos años en la prensa diaria» y espetaba: «Pero claro, lo difícil era leerlo en Estados Unidos, semana tras semana». Finalmente recordaba un coloquio en abril dirigido por Tuñón de Lara en el que «el profesor Balcells negó el menor valor histórico a esta obra».

LA RECEPCIÓN DE LOS PARES

Dado que no hay mucho espacio disponible, resumiremos al máximo la recepción universitaria, no menos fuerte que la traca de *El País*, pero de lenguaje

⁹ Véase el reciente libro del profesor Moreno Pestaña: *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (2013).

más calibrado, ajustado e interesante desde un punto de vista científico, si bien los planteamientos son similares en cuanto a sus posicionamientos y argumentación de fondo.

Tres reseñas consignamos aquí: las de los reconocidos hispanistas José-Carlos Mainer («Un antimanual: la *Historia social de la literatura española*», junio de 1979), Gonzalo Sobejano («El primer manual de historia social de la literatura española», verano de 1980), y José Carlos González Boixo («La tendencia sociohistórica en los estudios literarios», 1979).

Boixo hacía la reseña más breve (apenas dos páginas, ver bibliografía) y comenzamos por él porque resume los planteamientos de Sobejano y Mainer. La “Explicación previa” de la HSLE se queda para Boixo en «mera teoría de la que no encontramos reflejos en páginas posteriores» (algo señalado por todos). Interesante es que compare la obra con el clásico de Arnold Hauser: *Historia social de la literatura y el arte* (1951). Como quizás se sepa, siguiendo a Perry Anderson (1979: 38), podemos situar a Hauser en la tercera generación de marxistas “occidentales”, los marcados por la guerra y la Revolución rusa, y en la que Anderson incluye a figuras como Lukács, Korsch, Gramsci, Marcuse y Benjamin. Leszek Kolakowski (1978: 258) lo menciona como “camarada” de Lukács, junto a los músicos Béla Bartók y Zoltán Kodály, y junto a Karl Mannheim y Michael Polanyi. Entre los temas dominantes de las polémicas de esta generación se encontraban el humanismo, el compromiso del escritor y del intelectual, todo lo cual es terreno y suelo de la HSLE, en contraste con otras corrientes marxistas en España en el momento en el hispanismo (nos referimos a la althusseriana, de la que parte Juan Carlos Rodríguez) y que podría constituir el análisis del marco teórico y conceptual de la HSLE (algo que no hacemos en este artículo). El apunte de Boixo estaba justificado y servía para encontrar un precedente teórico ilustre, aunque para él, sin embargo, la HSLE es demasiado ambiciosa, amén de que repite lo ya consabido; «una Historia de la Literatura de este tipo», concluye, «debería basarse en monografías realizadas desde esta perspectiva, y en la mayoría de los casos no existen» (sí existían, pero Boixo no las menciona).

Por su parte, Mainer, que decía conocer monografías marxistas de literatura española, fue implacable, pero sutil¹⁰. La HSLE es un pésimo manual de historia literaria que, primero, no ofrece nada nuevo y lo que ofrece contiene muchos errores y omisiones, además de usar mal el marxismo y la sociología: «Los manualistas han citado en su prólogo a casi toda la nutrida y variopinta teoría de

¹⁰ Reseña con formato de página de periódico (ver bibliografía).

críticos marxistas, desde Yuri Plejanov y Franz Mehring (que poca falta hacían) hasta Macherey (insuficiente representación althusseriana) y Eagleton, pasando por Lukács, Goldmann, Della Volpe y Godelier, Benjamin (exigua mención de los de Frankfurt), y olvidando algún interesantísimo marxista británico (Raymond Williams, por ejemplo). Lamenta «la dificultad de obtener de los grandes padres del marxismo otra cosa que nociones de utilidad radical» como “producción ideológica”, “superestructura”, “conciencia”, “reflejo”. La HSLE no pasa de ser un mal manual, conformista con la estructura y las prioridades de un manual tradicional, nada innovador en el canon propuesto y donde no se reflexiona, por ejemplo, sobre otras sociologías o sobre el concepto de “generación” (Mainer había publicado sobre el tema). Luego reprueba el olvido de la obra de J. C. Rodríguez *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas* (1974), sobre el Renacimiento y el Barroco (como se dijo más arriba). Lo más interesante es que señala una deuda importante con el pensamiento de Américo Castro y apuntaba algo que nos parece importante: «Este libro marxista debe mucho más a la interpretación liberal-radical de la historia de España que a las fuentes que confiesa», una cuestión sobre la que volveremos en la conclusión. Al final de su trabajo, Mainer deja la sutileza y habla de «ceguera», «simplificaciones lamentables», «pataleta», «iconoclastia», «deseo inconsciente de ser *antimanual*» y de «ardorosa competitividad que se traduce en ira». Podría ser una historia política - dice - pero no pasa de ser historia politizada, edificada sobre supuestos positivistas decimonónicos e indagaciones psicologistas. Este no es un manual estalinista - continúa - como se decía en el suplemento literario de *El País*, ni contra la literatura, como lo entienden los “nuevos filósofos”. Las dos virtudes de la HSLE son: su absoluta y berroqueña creencia en la historia y ser claro y meridiano - concluye.

El artículo-reseña del gran hispanista Gonzalo Sobejano (nacido en 1928), supuestamente de más calado, era algo menos sutil pero igualmente implacable:

Los autores de la Historia social no hacen de manera sistemática (si acaso, esporádicamente) ni sociología de la literatura ni teoría social de la literatura. Hacen o creen estar haciendo socialismo: un socialismo a veces demasiado contundente y simplificador en el que se descubre la vehemencia de una réplica por largo tiempo reprimida (1980: 333) [cursiva en el original].

La valía del manual consistía únicamente en su «oportunidad» y «provocación» (319), un trabajo en el que no se evalúan las obras por su «calidad artística» (sintagma entrecomillado por Sobejano) sino por su «racional-socialismo» (320)

(sintagma creado también por él, referido confusamente a las obras literarias, aunque en realidad conteniendo una alusión vejatoria velada: Sobejano emitía uno de los peores insultos recibidos por la HSLE). El valor científico del manual era, para el hispanista de origen murciano afincado en USA, prácticamente nulo, e incluso lo desaconsejaba a estudiantes y estudiosos: «no podrán utilizar este libro para obtener la información primaria que su aprendizaje universitario les impone» (pág. 320), «nada aprenderá aquí» (pág. 321). Señalaba que los autores entendían (la historia) como «“misión”» (323 y 327) y que lo único estudiado eran los posicionamientos políticos de los autores y obras: «No se trata, pues, de una historia de la literatura, sino de una historia social y política de España mediante la literatura. Una historia del presocialismo, prosocialismo o antisocialismo de los escritores españoles» (321). El libro estaba plagado de los «lugares comunes dignos del más convencional de los manuales» (326), y los autores «pasan de largo por la forma», tendiendo a sobrevalorar lo socio-económico, sin tener en cuenta que puede haber otros motivos para el cambio de la superestructura, «entre ellos la presión de los hábitos literarios tradicionalizados y la voluntad de romper tal inercia apelando a innovaciones que a menudo no responden aún a determinantes sociales, fenómeno éste que el marxismo reconoce» (328). Tras este último comentario - en el que acertaba - Sobejano hacía un guiño a Mainer, del que citaba su *La Edad de plata*, como «el más meritorio precedente de su manual» (329), al que aventajaba en el tratamiento de la literatura en sus aspectos institucionales, de enmarque cultural, transmisión y recepción. Sobejano concedía algo: justificaba el tono a veces ofensivo contra muchos escritores por «el grado de bajeza de muchos triunfadores» (331), pero no perdonó la cuestión de la forma: el mayor defecto de esta historia -dijo- es la poca atención prestada a la «relación forma-sociedad», y tras citar sobre esto a Lukács, Goldmann y Adorno, resumía la cuestión en la frase de Ernst Fischer «La forma es experiencia social solidificada». La cita de Fischer no era solo una alusión literaria: se trataba de un escritor, crítico e intelectual comunista centroeuropeo, disidente del estalinismo y del realismo socialista y uno de los fundadores teóricos del eurocomunismo, autor de un libro traducido al castellano y reeditado en varias ocasiones, *De la necesidad del arte* (1959 y 1973, 1994, 2011), de donde procedía la cita. Sobejano concluía, sarcástico, que la HSLE era una obra «compuesta por autores socialistas para lectores socialistas» (332) y que debería titularse *Historia socialista de la literatura española*.

Gonzalo Sobejano daba clases entonces en una universidad norteamericana (Universidad de Pennsylvania) y era ya un reconocido hispanista de la corriente

de la Estilística, a la que también pertenecieron -como se dijo- los maestros y tutores de Aguinaga y Puértolas. La procedencia del campo del hispanismo afincado en USA hacía de la crítica de Sobejano un argumento para desestimar que la crítica negativa pudiera deberse a una especie de “xenofobia” a los “intrusos” por parte de la crítica nativa de España (y que puede suceder cuando alguien de fuera quiere formar parte de una red o campo).

CONCLUSIÓN

Dentro de las reglas del juego establecidas por el polo dominante del campo del hispanismo (la creencia en un canon de autores que comentar y reproducir, un canon en el que se produce una idea esencialista de la literatura como expresión de los sentimientos e imaginación de una naturaleza humana universal y eterna), cualquier historia de la literatura elaborada desde un punto de vista marxista hubiera sido recibida con la misma hostilidad que lo fue la HSLE, máxime en las condiciones políticas exteriores al campo impregnando y mezclándose como fantasmas a los debates. Pero las debilidades científicas y fallos de concepción de la misma no contribuyeron, en su caso, a una valoración moderada. Las reseñas de Conte y Losantos, así como las de los pares, coinciden básicamente en lo mismo, como planteaba por ejemplo Boixo: la cuestión no es contribuir al conocimiento de la Historia a través de esas obras, sino de conocer esas obras "literariamente". Es decir, se censuraba la excesiva “historización” de “lo literario”, más aún la «historia politizada». ¿No se confundía aquí “historización” con “politización”? Incluso estando de acuerdo con algunas críticas a la HSLE, ¿qué mecanismo resolvía la unión entre la “historia” y “lo literario”? La crítica andaba y no andaba descaminada: la sobreimposición o doblaje de las estructuras económicas sobre la dinámica de la producción cultural era mecanicista, como si la divulgación del marxismo lo vulgarizara en exceso. En la elaboración de la HSLE habían primado criterios heterónomos por encima de la autonomía científica, y ello a pesar de la inteligencia, reconocimiento y cualificaciones de sus autores. Por contrapartida, no era provocación -sino constatación- decir que la concepción dominante en el hispanismo era una ideología de fondo esencialista en la que el objeto literario poseía un valor -el artístico- de contornos cuasi-religiosos, ideologizados. Los planteamientos de la HSLE sonaban como una provocación porque era una afirmación de carácter herético que solo obtuvo un espacio de atención entre públicos exteriores al campo y (o bien) militantes - fueran politizados o de ideas más o menos “marxistas”.

Los reseñadores y críticos giraban en torno a lo mismo: los autores de la HSLE olvidan la literatura. Cabe preguntarse, sin embargo, por qué Sobejano, González Boixo o Mainer -autor éste de *Falange y literatura* (1971), *Literatura y pequeña burguesía en España (1890-1950)* (Cuadernos para el Diálogo, 1971) o *La Edad de Plata (1902-1939)* (1975)- no citan otras excelentes obras de los autores de la HSLE que mencionamos al inicio de este trabajo, las cuales constituyen el núcleo de las mejores partes del manual (aunque fallen en algunos aspectos). Así, por ejemplo, los análisis de Galdós, del siglo XIX o del 98. Es probable que no las conocieran o no les interesara mostrar que las conocían (si bien esto es demasiado especular).

Con la HSLE social se forma (o consolida) un polo del campo del hispanismo literario en España, el de los «marxismos» y «marxistas», que formarán sus propias redes y escuelas y que interactuarán con agentes del campo literario. Este polo «marxista» se encontrará en continua confrontación y conflicto con los polos dominantes del mismo y en situación de estigmatización a partir de la década de los 80. La formación de este sector en el campo del hispanismo en España ha hecho de la HSLE un punto de partida, un texto básico de aquellos agentes que se posicionaron en el campo del hispanismo como tales «marxistas» o como fuente de conocimientos básicos para los escritores que se autorrepresentaron como comprometidos políticamente. Para los especialistas el valor del texto es más icónico o simbólico que científico, más allá de las excelentes bibliografías, apuntes sueltos y otros aspectos que ya hemos señalado. Hay que insistir en ello: no todas las interpretaciones de la HSLE, a pesar de impregnarse siempre de ese mecanicismo dominante en todo el libro, son erróneas o simplificadoras: las excelentes monografías de los autores incorporadas a diversos capítulos de HSLE lo muestran. A pesar de las interpretaciones fallidas (numerosas) y del lenguaje polemizante, quizás sea el hecho de que no hay otro manual «marxista» el que ha favorecido las sucesivas ediciones de la HSLE. Sin embargo, lo que entre otras cosas ha jugado un papel importante, creemos, es la iconoclastia, el carácter rebelde, el prestigio y atractivo del marxismo en su momento; más el hecho de la rebeldía o heterodoxia que como método. En los conflictos internos del campo, *marxismo* puede significar muchas cosas:

Como decía Bourdieu respecto de la juventud, la etiqueta “marxista” es solo una palabra: a veces alude a una afectividad igualitaria, a una relación de exégesis con un texto o un grupo de textos, a una filiación política, a una simple estrategia universitaria dependiente de los movimientos de la economía de bienes simbólicos y de su relación con

las relaciones de patronazgo académicas..., a todo a la vez o a una combinación peculiar de tales componentes (Moreno Pestaña, 2013: 200).

¿No es sintomático que Mainer percibiera una deuda con el pensamiento de Castro, que las reglas del juego sean parecidas, que apenas se modifiquen los lenguajes de interpretación y comentario del canon literario? La HSLE se inicia con una cita de Antonio Machado, del *Juan de Mairena*. Más que un manual «marxista», palpita en toda la obra una impugnación de la lectura que se había hecho del canon literario hasta el momento, como si se prolongara la lucha contra el franquismo, esta vez en forma de lucha contra las apropiaciones ideológicas e institucionales del mismo. No negamos que haya una metodología marxista en la HSLE (si es que existe un “método” marxista o un “método” bourdieano o foucaultiano, más allá de las herramientas o utillaje teórico que proporcionan)¹¹. Pero también hay un impulso diferente, que proviene del trauma de la guerra civil y del exilio republicano, a través de los hijos, discípulos y descendientes de los exiliados. El *habitus* está formado por distintas capas que no se superponen unas a otras como en una excavación arqueológica, sino que se entrelazan y entretejen en una textura multidimensional de nombres, gestos e historias personales, institucionales y colectivas. Cuenta Carlos Blanco Aguinaga que, en una ocasión, fue a visitar a Fernando de los Ríos en Nueva York, a petición de Amado Alonso, para agradecerle «por haber contribuido al fondo que me salvó la carrera y que –me atrevo a decir– cambió mi vida» (2007: 225-226)¹². Hacía las siguientes reflexiones:

En diversos artículos he escrito de vez en cuando párrafos o páginas de crítica a la burguesía progresista cultural española de los años 20 y 30 del siglo veinte, pero -no sé si se nota en esas páginas- siempre he querido demostrar mi admiración por ellos. Para admirarles no hace falta ir más lejos que don Fernando de los Ríos y la visión del mundo y de España que representaba, la burguesía liberal en lucha contra el oscurantismo a lo largo del siglo XIX, lucha que culminó en la esperanzadora República

¹¹ Posiblemente el fallo, precisamente, sea intentar convertir el marxismo en “método”, a la manera de los manuales soviéticos.

¹² Durante sus años de estudio tiene lugar un incidente clave (*op. cit.*: 220). Eduardo Marquina, escritor español afín al Régimen, es interrumpido por Aguinaga y otros estudiantes. El resultado son problemas con la beca. El dinero para el pago de un semestre vino de donaciones, gestionado el asunto por Amado Alonso.

del 14 de abril de 1931. O piénsese en Antonio Machado, aquel Machado cuya foto presidía el despacho del Director del Instituto Luis Vives, el mejor colegio del mundo, en el que, como tantos y tantos, tuve la suerte de iniciar la educación en que, sospecho, se fundamenta lo que pueda haber de aceptable en mi vida (2007: 226).

En cierto sentido, herederos o no sus autores, la HSLE era el eco de una tradición despedazada.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRADE BLANCO, J. A. (2012): *El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI [Edición electrónica].
- ANDERSON, P. (1979 [1976]): *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI.
- BLANCO AGUINAGA, C. (2007): *Por el mundo. Infancia, guerra y principio de un exilio afortunado*, Irún, Alberdania.
- BLANCO AGUINAGA, C. (2011): *De mal asiento*, Caballo de Troya, Ebook (edic. formato digital) [2010, Barcelona: Random House Mondadori].
- BLANCO AGUINAGA, C., Iris M. ZAVALA, Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS (coord.) (1981): *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, Madrid, Castalia (2ª ed. corregida y aumentada).
- BLANCO AGUINAGA, C., RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J. (1979): «Turno de réplica», *El País*, 6-5-1979.
- BOURDIEU, P. (2008 [1984¹]): *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (1995): *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama.
- COLLINS, R. (2002 [1998]): *The Sociology of Philosophies. A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge (Massachusetts), The Belknap Press of Harvard University Press.
- CONTE, R. (1979): «Una historia estalinista de la literatura española», *El País*, 22-4-1979.

- CULLER, J. (1997): *Literary Theory: A Very Short Introduction*, Oxford, O.U.P.
- EAGLETON, T. (2003): *After Theory*, New York, Basic Books.
- GONZÁLEZ BOIXO, J. C. (1979): «La tendencia sociohistórica en los estudios literarios» [Reseñas], *Estudios humanísticos*, 1, pp. 149-150.
- JIMÉNEZ LOSANTOS, F. (1979): «Novísima Inquisición de la literatura española», *El País*, 22-4-1979.
- JUARISTI, J. (2012): *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus/Fundación Juan March, Colección Españoles eminentes [Ebook].
- KOLAKOWSKI, L. (1978): *Main Currents of Marxism. Its Origins, Growth, and Dissolution. Vol. III, The Breakdown*, Oxford, Clarendon Press.
- LISSORGUES, Y. (2009): «Juan Chabás, crítico literario: *Literatura española contemporánea (1898-1950)*», Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes <http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=33761&portal=322> [consultado 15/12/2010]. Orig. *Ínsula*, 720, diciembre 2006.
- MAINER, J.-C. (1979): «Un antimanual: la *Historia social de la literatura española*», *Ínsula*, núm. 391, junio 1979, pp. 3-4.
- MARTÍN GIJÓN, M. (2011): *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos*, Barcelona, RBA.
- MAUGER, G. (2013): *Repères pour résister à l'idéologie dominante*. Bellecombe-en-Bauge, Éditions du Croquant.
- MORENO PESTAÑA, J.L. (2013): *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- RODRÍGUEZ, J.C. (1990): *Teoría e historia de la producción ideológica*, Madrid, Akal.
- RODRÍGUEZ, J.C. (1994): *La norma literaria*, Granada, Diputación Provincial de Granada.
- RODRÍGUEZ, J.C. (2002): *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada, Comares.
- SOBEJANO, G. (1980): «El primer manual de historia social de la literatura española», *Hispanic Review*, 48, verano de 1980, pp. 319-333.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F. (2009): *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada Editores.

Recibido: 4 de octubre de 2013

Aceptado: 10 de diciembre de 2013

José Luis Bellón Aguilera Máster (MPhil, 1999) y doctorado (PhD, 2003) en Estudios Hispánicos (*Hispanic Studies*) por la Universidad de Birmingham (Reino Unido) con una tesis de sociología de la literatura española (novela contemporánea), becado por la *School of Humanities* de la citada universidad y la *British Academy*. Ha trabajado en diversas universidades en el Reino Unido como lector y profesor adjunto (Birmingham, Oxford, Leeds) y la República Checa (Ostrava), país en el que actualmente ejerce de profesor titular de literatura española y teoría de la literatura en el Departamento de Románicas de la Universidad Masaryk de Brno. Sus campos de investigación incluyen la teoría, crítica y sociología de la literatura española y el hispanismo literario. Es miembro del Proyecto I+D «Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de las relaciones de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España. Ha publicado monografías sobre los escritores Juan Marsé (*La mirada pijoapartesca (Lecturas de Marsé)*, Ostrava, 2009) y Miguel Espinosa (*Miguel Espinosa, el autor emboscado*, Granada, 2012), así como un número considerable de artículos en revistas especializadas, actas de congresos y otras publicaciones. jlba@mail.muni.cz